

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes... 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto, 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 45 reales
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral. izq.ª

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTE: FRANCISCO ORTEGO.

DE LA CIRCULAR.

De un escrupuloso registro practicado en lo interior de mi ánimo, resulta que me encuentro poseído de aspiraciones inconciliables con la solución adoptada en la ley fundamental é incursas por ende en la flamante circular del ministerio de Gracia y Justicia.

Es decir que, hablando verdad, confieso, puesta la mano donde mejor pareciere, que soy culpable, y que me consideraría defraudador del Estado, sino me denunciase á mí propio como contraventor á las disposiciones vigentes.

Ignoro hasta qué punto llega mi criminalidad como culpable que soy de aspiraciones pertinaces sostenidas con ensañamiento en lugar cerrado y habitado por el espíritu; pero reconozco el hecho y me ofrezco en holocausto á la vindicta ministerial.

Además de esto, resulta de observaciones sobre mí practicadas, que soy culpable de verdaderos actos contrarios al poder ya establecido, y que no pueden menos de calificarse de actos de rebelion ó sedición.

Porque mi deseo es que en España tenga larga vida la república, y para dar á conocer ese absurdo deseo, lo hago público y notorio con frecuencia criminalísima, por medio de la palabra hablada, escrita, impresa y telegrafiada.

Nadie intente acallar mis temores con vanos sofismas, ni se proponga tranquilizarme con teológicos distingos: la república es contraria al poder ya establecido, y el acto de proclamarla, como lamentablemente suelo hacerlo, es un medio que empleo para la perpetración de un delito. Esto es más claro que el porvenir mismo.

De suerte que la ingeniosa circular primera, ó digamos última, del ministerio de Gracia y Justicia, me coge de medio á medio en estado de aspiración, rebelion, sedición y acto.

No pienso ni imagino introducir novedad ni cambio en mis aspiraciones crónicas, ni contrariarme en esa lisongera práctica de la frugal rebeldía, de la morigerada sedición en que honestamente me solazo, antes pienso vivir y morir en su seno, sobrellevando los castigos á que la susodicha circular alude; pero pienso en el grato y admirable espectáculo que de repente puede ofrecer un reino sin rey, con solo dar á luz ó á perros una circular como la primera y última emanada del ministerio de Gracia y Justicia.

Parece imposible, y sin embargo es cierto, con qué facilidad se rebeldizan y sedicionan un sin número de actos que pueden haber sido los más constitucionalmente ortodoxos por espacio de largo tiempo; y ahora comprendo que en otra circular se podría declarar atentatorio á la inviolabilidad del monarca y ser penado en ese sentido todo acto contrario á todo individuo de la especie humana, porque como uno de estos ha de ser rey de España, el acto atentatorio sería delito de lesa majestad probable, y espondría al reino á verse colocado bajo el cetro de un monarca injuriado ó apaleado en profecía, y por tanto menoscabado en el futuro prestigio que por lo visto rodea cautelosa y disimuladamente á los reyes.

Lo peor del caso es que vista la circular, mis aspi-

raciones se me han hecho más bulliciosas y traviesas que nunca, y en cuanto se me viene á mano una pluma, no sé escribir sino «viva la república! amo la república, anhelo la república y quiero la república,» delito monotonó, que no sé cómo no me fastidia por su total carencia de amenidad, ó no me sacia con su repetición fastidiosa.

Pero, ¿si me estaré devanando en balde los sexos, y en vez de ser rebelde, sedicioso y aspirador contrabandista, seré un simple preocupado por una mala inteligencia?

No quiero significar que haya entendido yo mal la circular, sino que la Constitución esté mal entendida en ella. ¿Quién sabe?

Pero si la circular no quiso decir lo que entiendo, ¿qué diantre quiere decir?

¡Oh, no quiero estar en ridículo á mis propios ojos! Voy á averiguar el significado de ese documento.

Probemos:

¡Viva la república!

ROBERTO ROBERT.

ENCONTRAR DINERO SIN QUE CUESTE DINERO.

¡Todavía está zumbando en mis oídos la frase del general Prim que sirve de título á estos renglones! Pongamos al lector en situación:

El nuevo ministerio, ó mejor dicho, el ministerio remendado, acababa de presentarse por primera vez en el banco azul.

La Cámara estaba aun dando señales de la palpitation Montpensier.

Porque Montpensier es el espíritu diabólico de esta Cámara.

Como si dijéramos, la palabra de guerra.

Al oír el nombre de Montpensier, hay por lo menos veinte vicalvaristas que se ponen jaspeados.

Topete, al oír ese nombre, parece agitado por fuerza galvánica, y dá siempre un saltito en su asiento.

Cuando Topete esté hablando con un sugeto y quiera Vd. llamarle la atención, no tiene más que decir «Montpensier» y el cuerpo de Topete se inclina instintivamente al lado de Vd.

Es porque está poseído del personaje de tal manera, que aquel cuerpo pierde los estribos y aquella cabeza el contrapeso.

Ahora bien, la Cámara acababa de observar una cosa, y era que habia votado una proposición de no ha lugar á admitir la de Federico Rubio sobre manifestarle al Sr. de Montpensier que no nos hace falta su personita.

Como en esta cuestión hay siempre misterios, y cuando no los hay se los figura uno, porque la cuestión es para escamar á cualquiera, natural era que al ver cómo la mayoría votó en favor de Montpensier, incluso los demócratas, asegurasen muchos que con la misma facilidad votarian mañana su candidatura.

¿Está Vd.?

Y esto es grave.

Porque despues de haber dicho los periódicos que se daban veinte mil duros por cada voto, no puede uno ver estas votaciones sin estremecimiento.

Pues bien, preocupada la Cámara con este incidente, y con esta escena, y con ese príncipe que nos ha salido en Andalucía, y con los veinte mil duros de cada voto, y con la actitud de los unionistas, se levantó el general Prim, presidente del ministerio remendado, y dijo con voz tarda y acento catalan:

Señores, la cuestión de Hacienda se arreglará: todo consiste en encontrar dinero sin que cueste dinero; yo no sé cómo, pero puedo asegurar á los señores diputados que este dinero se encontrará. Me lo dice el corazón.

Figuerola se reía.

Los nuevos ministros se miraban como diciendo: Esto es una ganga.

Tenemos, pues, la gran fórmula financiera del general Prim:

Encontrar dinero sin que cueste dinero.

¿Lo ha entendido Vd.?

Yo solo sé que el patriarca de las Indias encontró millon y pico en la Caja del Buen Suceso, y hasta ahora nadie sabe que le haya costado un real.

Todos sabemos que muchos moderados vinieron á Madrid pobres, y despues de ser empleados cuatro ó cinco veces, se han retirado con el riñon cubierto.

Tampoco á estos les ha costado dinero el encontrar dinero.

Poco ó mucho, el niño Terso ha encontrado algun dinero con objeto de encender en España la guerra civil: tampoco este dinero le ha costado dinero.

Un pueblo trabajador puede en ocasiones encontrar dinero á cuenta de trabajo; un pueblo que se pasa las semanas en funciones y fiestas, no sé yo cómo va á encontrar dinero sin réditos.

De modo que si el encontrar dinero sin que cueste dinero no es una frase de sentido horrible, es tambien una frase de sentido tonto.

La situación no era para menos.

Un ministerio que se presenta unido á la Cámara, y el presidente de este ministerio que lanza á los vientos de la discusión su programa, cuya significación financiera es la frase ya citada, merecen un puesto distinguido en cualquiera zarzuela bufa.

En esto hemos venido á parar.

Pero si el general Prim tiene seguridad de encontrar dinero sin que cueste dinero, ¿qué va á costar?

¿Vergüenza?

¡Bah! ¡Eso sería más caro!

EL ÓRDEN DE VERANO.

Supuesto que los estudiantes se marchan á sus casas, y los diputados no van al Congreso, y se va á dar estrignina á los perros, preciso es confesar que ha comenzado el verano.

Verano será este de feliz recordación. Allá por el siglo xx ó xxi, cuando algun desocupado escriba una historia de la revolución española, podrá decir que, desde el mes de junio hasta setiembre, reinó paz octaviana.

Y podrá decir si se le antoja, que á la regencia se debió este inmenso beneficio para la patria.

Ved sino lo que pasa.

Apenas se obsequia al duque de la Torre con el

tratamiento de alteza, cuando las manifestaciones pacíficas vienen a probar que esto es una balsa de aceite.

¿Se sospecha que las manifestaciones no han de ser pacíficas? En ese caso ya veis con qué facilidad se remedia todo. Se pone un batallón de fuerza ciudadana para que no pase la manifestación, y negocio concluido. Este es el *orden*, que llamamos los inteligentes.

Sucede no sé qué disgustillo en el Ferrol, y los soldados van y vienen que es un gusto, y ponen en orden aquello.

Recibe el regente comisiones y comisiones, y más comisiones, y nuevas comisiones. Le felicitan todas; contesta a todas, y a todas les dice sobre poco más ó menos estas tranquilizadoras palabras:

—Procuraré mantener el orden a toda costa.

¡Oh, sí serenísimo señor; mantenga vuestra alteza el orden que debe andar escaso de manutención. Y ya que no basta mantener a tanto alto funcionario y a tanto respetable sacerdote, y a tanto militar bizarro, mantenga vuestra alteza el orden, único agente poderoso para asentar las bases de la futura monarquía.

Bien comienza el verano. Presiento un porvenir de orden a toda costa. La anarquía es tal, que todo se necesita. Y el que venga atrás que arree.

En el Congreso hace ya un calor tal, que entrar en él los diputados a discutir los presupuestos, fuera gran bohería. A bien que la cosa no tiene importancia. Que sean mil millones más ó mil millones menos, poco importa. ¿Va uno a ahogarse de calor entre aquellos almohadones de terciopelo, por ochoavo más ó menos?

Por otra parte, las acertadas medidas del ministro de Hacienda, ¿no son una garantía para el porvenir?

Nada, nada, los constituyentes saben lo que se hacen. Los electores puede que no lo sepan tan bien, pero ello es que el calor va siendo inaguantable.

Mañana ó pasado, cuando estén votados los presupuestos, se cerrará la Cámara; los constituyentes volverán a sus casas. Los ministros y cosas así, irán a enriquecer al fondista de Alhama, ó al fondista de Vichy ó al de Biarritz. El pueblo irá a pasearse por el Prado, donde se pescan las grandes calenturas de la temporada.

Entonces quedará el regente para arreglarlo todo.

¿Se turbará el orden?

¡Quién sabe! El calor excita la sangre, la sangre es impetuosa y saltarina como ella sola, y se sube a la cabeza algunas veces, y los pueblos son como los individuos. ¿Qué digo? Son como los perros... y en verano no es rara la hidrofobia.

No diré yo que esta hidrofobia sea justa, porque a la verdad, no hay motivo de disgusto alguno. ¿Eh? Pero el calor es horrible. El calor sofoca; el calor arrebata.

S. A. mantendrá el orden. ¿Cómo? No se sabe; pero ya se ha visto como es posible hacer estas cosas. Media Milicia nacional contiene a la otra media, y vamos andando.

Me regodeo de placer al pensar que por fin llega un verano, durante el cual la paz me dará todo género de seguridades personales.

Antes pasé tres veranos con el alma en un hilo.

Que Prim viene; que Prim se va; que vamos a tener libertad, que no; que los moderados van a prender a todo el mundo.

Ya tengo libertad; ya no ha de pasarme nada. Prim está ya en Madrid de asiento. Antes pasé los veranos envilo por el afán de conquistar la libertad. Ahora mis temores y zozobras podrían ser efecto del miedo de perderla...

¿Pero quién piensa en eso?

El regente mantendrá el orden, y con esto está dicho todo.

NOS HEMOS SALVADO.

Los procedimientos de los sabios no siempre son complicadísimos y elevados; tal vez asombran y desvanecen por su propia sencillez.

El problema económico era una de las dificultades más graves de la actual situación: esto lo conocíamos todos, y todos lo deplorábamos amargamente.

Esta misma gravedad del asunto producía en cada uno diferentes efectos.

Daba aliento y fortaleza a éste.

Desesperaba al otro.

Aquel pasaba horas enteras discurriendo planes rentíficos.

El de más allá, completamente desesperado, repetía con el poeta: *Esto matará a aquello*. La cuestión de Hacienda matará la revolución.

Y Sedó, y López, y Pérez, y Fernández y otros mil daban vueltas en su cabeza a los pensamientos más enrevesados y más laberínticos que hayamos podido concebir en su vida los Pitt y los Necker.

Y a todo esto los presupuestos no se discutían.

Y a todo esto el Sr. D. Laureano continuaba tranquilo.

Y hacia perfectamente: como que ya tenía el problema resuelto.

Y con la solución del Sr. Figuerola sucede lo que con todas las grandes invenciones; nadie da con ellas, y cuando son conocidas, cada cual juzga que a él se le hubiera ocurrido lo mismo.

Figuerola, como si lo viera, ha hecho para su capote el siguiente razonamiento:

«No hay dinero.

Sentada esta premisa dura y triste, pero exacta, y sentado también que sin dinero no podemos marchar, la consecuencia inmediata es que hay necesidad de buscarle.

Busquemos, pues.

Dos modos se me ocurren de mejorar el estado precario de nuestro Tesoro.

Aumentar los ingresos.

Disminuir los gastos.

Esto de disminuir los gastos es imposible, ni me sería lícito intentarlo; fuera de que, en honor de la verdad, ese recurso de disminuir gastos es rutinario, empírico é insuficiente.

Queda, pues, el medio de aumentar los ingresos.

Esto debo hacer.»

Véase cuán sencillamente vino el Sr. Figuerola a una conclusión primera:

«Es preciso aumentar los ingresos.»

Prosigamos:

«Para aumentar los ingresos solo hay dos medios:

1.º Empréstitos.

2.º Contribuciones.

A los empréstitos ya hemos acudido tantas veces, que más de la mitad de nuestra renta se va en pagar los intereses.

No queda más recurso que las contribuciones.»

Entonces el Sr. Figuerola cogió y nos echó encima la *capitación*.

Por eso decía yo que nos habíamos salvado, y es verdad.

Así, a primera vista parece que no tiene mérito la invención; ese, como he dicho, es el carácter especial de los grandes inventos.

Parecen tan sencillos y me río yo de su sencillez.

Nada más sencillo (por ejemplo), y allá va otro plan, que hacer a todos los españoles pagar diez escudos anuales, ¿quién no podría pagar esto? Pues bien, esa exígua cantidad para el individuo, produciría al Tesoro mil setecientos millones de reales al año, más de la mitad del presupuesto; y, sin embargo, estoy seguro de que ese impuesto no podría cobrarse, si no se llevaba a la cárcel al insolvente, lo cual no remediaría el mal, pero sí aumentaría los gastos.

En la *capitación* no hay ese inconveniente, y todos la pagarán y se darán por muy contentos.

Por eso repito que nos hemos salvado.

Algunas veces, lo confieso con valor, me pasa por la imaginación la idea de que para abrumar al contribuyente con tal ó cual impuesto, no se necesita ser lo que se llama un genio: que eso de salir de apuros pidiendo prestado sabe hacerlo cualquiera perdido, sin haber saludado la ciencia: y que al más adocenado alcalde de monterilla se le alcanza que, sacando una contribución extraordinaria, allegará recursos para la municipalidad, si bien puede privarse de ellos al labrador.

Parecía natural que a los hombres notables se les ocurriesen cosas más graves: abrir nuevas fuentes de riqueza pública, desarrollar nuevos medios de producción, acudir a recursos que no estuvieran al alcance del primer desocupado que reflexione un poco.

Pero pronto me convencí de que no tenía razón para pensar de estemodo.

«No se ganó Zamora en una hora», dice el adagio, y el ministro de Hacienda no puede haber desenvuelto en tan poco tiempo sus vastos planes.

Hoy necesita recursos, y cuando se necesita dinero las grandes inteligencias valen poco más ó menos lo mismo que las inteligencias vulgares.

Cuando tenga dinero, el hombre dominará la situación, y entonces por Dios que hemos de ver cosas buenas, y resoluciones que nos asombren.

Siga el Gobierno en su marcha, y la salvación es segura.

Nada de economías: grados, cruces, condecoraciones, pensiones, empleos, nuevas plantillas, embajadores caritos, aunque malitos, etc., etc., etc.

Mucho de contribuciones, y apremios, y aumentos.

Y sin salir de este sencillo mecanismo todo se arreglará hasta que la trampa se nos lleve a todos; pero ¿cuándo ocurrirá esto? Sábelo Dios, y *mientras dura, vida y dulzura*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

¡TIENE MUCHO TALENTO!

Apenas hubo llegado a España el señor duque de Montpensier, cuando ya tuvo un disgusto. ¡Pobre señor! Me lo están estropeando entre unos y otros.

Apenas llegó, y ya supo que en Sevilla estaban murmurando de él.

—Mr. Latour, dijo el duque, llegue Vd. y entérese de los motivos que tiene esa gente para incomodarse conmigo.

Mr. Latour se apresuró a ir a Sevilla.

Se encontró con las esquinas llenitas de papeles. La mayor parte de estos papeles decían así:

«Programa de la manifestación que se ha de verificar el día tantos contra las pretensiones de D. Antonio Borbon y Borbon, conocido por Orleans.»

—¡Oh! *C'est trop fort*, exclamó Mr. Latour. Esto de conocido por Orleans es terrible; ¡parece que se trata de algún malhechor!

El espíritu de la gente en Sevilla era un poco contrario, como si dijéramos, a la venida del señor duque.

Mr. Latour tenía que contar la verdad a su augusto amo.

Volvió, pues, a Sanlúcar y le dijo:

—*Sire* (que quiere decir algo más que *señor*) *il faut croire que V. A. c'est trompé*.

Palabras que tradujo un andaluz de este modo:

—Me parece que esto va a acabar a *trompás*.

El duque se quedó pensativo. ¿En Sevilla no me quieren? murmuró; esto es un poco raro, porque yo he procurado portarme siempre con los sevillanos como un rey.

—Mr. Latour, dijo enseguida, necesito saber cómo está dispuesta España para conmigo.

Mr. Latour preparó en seguida el equipaje y se marchó de Sanlúcar. Iba a recorrer a España al vapor para enterarse perfectamente del estado de los ánimos.

Entretanto, el duque escribió a su amigo Topete una carta, que decía con poca diferencia lo siguiente:

«Querido amigo: Necesito saber qué sucede ahí, y si es cierto lo que algunos me dicen de que no me saldrá con la mía. Si así es, suplico a Vd. recuerde a los amigos su promesa, porque, francamente, estoy haciendo el oso.»

Mientras la carta iba de Sanlúcar a Madrid, monsieur Latour iba de Sevilla a Cádiz.

Los gaditanos estaban diciendo, cada uno en el círculo a donde solía concurrir:

—Pero hombre, ¿ha visto Vd. qué duque tan imprudente y tan?...

—¿Quién, el duque de la Torre? dijo Mr. Latour.

—¡No, hombre, el otro!

—Ah, ya; el duque de la Victoria.

—¡Montpensier, hombre!

—¡Ah! *Merci, merci*.

Y se retiraba Mr. de Latour tan triste.

Se embarcó y fué a Valencia. Y allí oyó tales cosas que se volvió a embarcar y no paró hasta Barcelona.

—¡Muera Montpensier! estaban gritando los chicos de la calle.

—¡Canastos! dijo Latour en buen español. ¿Hasta los niños?

Visitó a varias familias. Decía: yo soy el secretario de su alteza el duque de Mont... y antes de que acabara sorprendía unas sonrisas tan maliciosas, que se marchaba sin decir adiós.

Banqueros, comerciantes, artistas, obreros, todo el mundo le aseguraba que el duque no sería rey.

—Sin embargo, el duque cree otra cosa, decía mi hombre muy convencido.

Se marchó a Aragón.

¡Cuánto sufrió allí!

En Aragón ni siquiera se discute la posibilidad de que Montpensier sea rey de España.

En Aragón se respira ódio a todo lo que es francés. La palabra *francés* sirve para insultar en aquel país.

Allí han tomado a broma lo de Montpensier.

—¿Qué opina Vd. del duque? preguntaba Mr. de Latour a todo el que veía cerca.

No le contestaban. Se echaban a reír con tal gana,



Por mas registros que toco, ninguno me dá buen resultado.

que tenían que apretarse el vientre con las manos para no reventar de risa.

Muy quemado salió de Aragon nuestro secretario. Se vino á Madrid esperando hallar aquí el desquite de tantas amarguras.

Ya sabia él que con dirigirse á los unionistas hallaria defensores del duque.

Pero... ¡aquí entra lo triste! La mayor parte de los unionistas callaban al oírle. Otros hacían signos de afirmación, como los hace uno siempre que habla con un desconocido, por aquello de la cortesía.

No halló más que tres hombres que le dijeron:

—No tenga Vd. cuidado. El duque será rey.

—¿De veras?

—Palabra de honor.

Eran Alarcon, Carlos Navarro y Fernandez Vallin.

Mr. de Latour no se animó con esto. Quiso ver á Topete, pero estaba ocupado, y se volvió á Sanlúcar con una cara muy triste.

—¿Qué tenemos? le preguntó Montpensier con ansiedad horrible.

—Nada bueno, señor. Me parece á mi que no tenemos en España mas que unos diez y siete partidarios.

—¡Calla, tonto! exclamó el duque. ¿No sabes tú que tengo aquí una carta de Topete?

—¿Y qué dice Topete?

—Dice que no hay cuidado; que todas esas cosas que por ahí pasan son bagatelas. Que él conoce el país... ¡y que no hay cuidado, hombre, no hay cuidado!

—Pero, señor...

—¡Qué!

—Que Topete ha pasado su vida en el mar, y apenas ha tenido contacto con los españoles.

—Pues por eso precisamente conoce el país. Porque lo ha estudiado de lejos.

Mr. de Latour se queda muy pensativo y por fin exclama:

—¡Mi rey y señor tiene mucho talento!

LOS PAPAS.

(Continuacion.)

Benedicto IX fué subido á la Santa Sede á la edad de doce años.

Difícil era hacerle Papa, tanto, que el conde de Tosennella, viendo que sus razones no eran bastantes para lograr aquel intento, tuvo que repartir mucho oro para inclinar los ánimos venales á su propósito.

Los eternos enemigos del órden y de todo gobierno legítimo murmuraron de él, primero porque era niño, y faltando á la ciega obediencia debida á los Pontífices, tomaron por pretexto si se entregaba ó no á la depravacion y á los más vergonzosos vicios.

Yo he leído en autores muy católicos que aquel Papa no fué tan vicioso como se ha querido hacernos creer; pero desgraciadamente el pueblo romano, obcecado en su error, arrojó del sòlio á Benedicto, y puso en lugar suyo á Silvestre III.

Benedicto se quejó á su familia de la sinrazon que se le hacia, pues al fin y al cabo su papá, á fuerza de desvelos y fatigas, habia, digámoslo así, conquistado el sòlio pontificio, y quitárselo al hijo á quien casi pertenecia, pues podia decirse en cierto modo que era suyo por una especie de derecho que podriamos llamar de herencia, era un despojo sacrilego.

Recobró, pues, Benedicto el trono con el auxilio de su parentela; pero viendo que el pueblo romano, poseido de inconcebible ódio á su persona, continuaba execrándole, sin que la dignidad del vicariato fuese garantía bastante para librarle de una brutal acometida, se resignó cristianamente á desceñirse la tiara y vendió el cargo de Papa con uniforme, utensilios, muebles y rebaño al Pontífice Juan XX, por una suma de dinero no despreciable, pero tampoco tan enorme que pueda decirse que Benedicto hiciera el mayor negocio del mundo.

No abarató la mercancía hasta el punto de echar á per-

der la industria, pero repito que no se hizo tan rico como pudo haber deseado.

Despues de este suceso, que revela tan cristiana abnegacion como aquella prudente advertencia de varon previsor que quiere tener siempre algo en un rincon del cofre, se retiró pacíficamente Benedicto al palacio de su padre, alejado largo tiempo de las árduas tareas políticas.

Alli si le traian un buen pescado, lo comia en paz y gracia de Dios; si le presentaban una perdicitita, no la desdenaba: buenas ostras, buenos vinos y unos cuantos amigos de ambos sexos con que pasar el rato, estaba en sus glorias sin deber nada á nadie y sin que los curiosos desocupados se metieran en si hacia esto ó hacia lo otro.

Pero Benedicto se cansó de no ser útil á sus semejantes, y viendo que los negocios del mundo y sobre todo la causa del Señor no iban derechamente como era debido, tuvo una felicísima inspiracion y fué convenirse con los otros dos Papas, Juan y Silvestre, en arreglar juntos las cosas de la cristiandad. Convinieron, repartiéronse las rentas, y como buenos amigos echaron sobre sus hombros la pesada carga de salvar las almas por terceras partes.

El uno vivia en San Pedro, el otro en Santa Maria la Mayor, y el otro en San Juan de Letran.

Esto duró hasta que otro sacerdote, no menos ingenioso y aritmético, echó sus cálculos, vió que aun se podia sacar más partido de los elementos del Pontificado, y comprando, es decir, negociando los títulos que los tres Pontífices tenían, los indemnizó liberalmente de ellos y se sentó en la Silla de San Pedro con el nombre de Gregorio VI.

A este sucedió Hildebrando, que llamándose Gregorio VII dejó glorioso renombre en la historia.

Habia ideado recabar para los Pontífices el dominio universal de la tierra, y sino gozó del triunfo completo de su idea, no debe achacarse á falta de actividad de su parte.

No se anduvo con melindres cuando se trató de lanzar anatemas contra todo bicho reinante; no retrocedió ante la formidable tarea de tener encendidas numerosas guerras en Europa; Italia y Alemania bendigieron su nombre en medio de los incendios, las muertes violentas y la atroz carnicería que eran indispensables para realizar los designios de la Providencia al Pontífice encomendados; el em-

perador de Alemania se convenció á pesar suyo de su poco valer al verse por Gregorio excomulgado y deposeido del título de rey; los pueblos le agradecieron que los absolviese del juramento de fidelidad que tenían hecho á sus príncipes; los príncipes se sublevaron en favor de todas las causas justas, absueltos por él de antemano, y al fin el rey reconoció que había sido un tarambana, y en lo fuerte del invierno, en camisa, con los pies desnudos, unas tijeras en una mano y una escoba en la otra, tuvo que ir á pedir el debido perdón al Papa.

Adriano, hijo de un mendigo inglés, supo armonizar delicadamente la humildad de su origen con la alteza del Pontificado, y para dar muestra de ello, mandó en cierta ocasión que le tuviera el estribo el emperador Barbaroja, y dispuso que le fuese entregado un faccioso conocido por Arnoldo de Brescia, á fin de quemarle vivo, porque había promovido abominables escándalos, vociferando sin ton ni son contra el lujo de los sacerdotes y los supuestos vicios de los Papas, siendo así que no tenía autorización de Dios para cosas semejantes.

¿Y Alejandro? Alejandro fué ejemplar en dar á los reyes la justa medida de su inferioridad ante los Papas.

El emperador Federico tenía á su hijo Odon prisionero de los romanos, y bajo el especioso pretexto de ser padre, hizo suplicar al Pontífice que le levantase la excomunión.

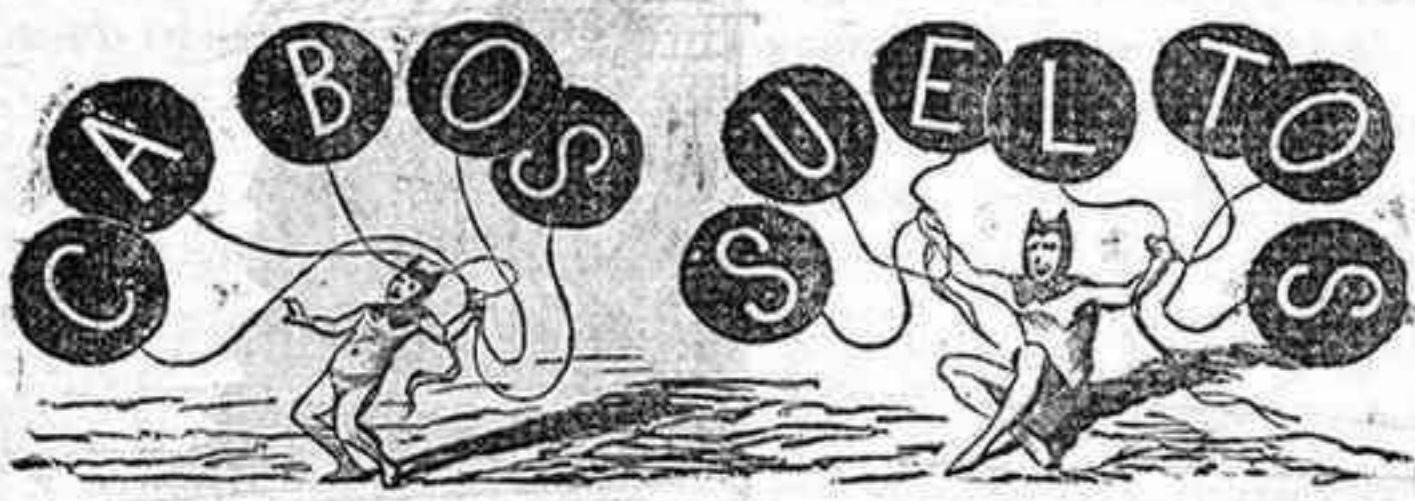
Alejandro no quiso nunca ser cruel, y aprovechando aquella coyuntura para mostrar al mundo que nada nos asemeja tanto á Dios como la clemencia, dispuso que el emperador fuese á pedirle perdón en presencia del pueblo congregado, indicándole que se había de presentar sin manto ni corona y con una varita en la mano, y que al llegar á sus pies tuviese la cortesía de besar el suelo.

Así lo hizo el emperador en extremo reconocido á la molestia que el Pontífice se había tomado en arreglar aquel ceremonial, y á la puerta misma de la Iglesia aplicó el rey la faz en el suelo.

Entonces el Pontífice le puso el pié en el cuello, y en honra y gloria del Pontificado, profirió las famosas palabras: «pisarás al áspid y al basilisco y aplastarás al león y al dragón.»

ROBERTO ROBERT:

(Se continuará.)



Los suscritores de provincias cuyo abono venza en fin de Junio, y deseen continuar suscritos, se servirán renovar hasta el 31, si no quieren experimentar retraso.

El medio más fácil es por letra, giro mútuo ó sellos de franqueo.

Los vendedores que pagan á fin de mes liquidarán hasta el 30.

¡Sí, GIL BLAS es un calavera!
¡Sí, GIL BLAS dice las cosas por el prurito de mortificar á las autoridades!

Figúrese Vd. que se ha quejado varias veces de que existen dentro de Madrid depósitos de petróleo y gas Mille.

La queja era inconveniente.
La otra noche ardió la tienda del pasaje de Murga, y este es el tercero ó cuarto caso que en poco tiempo ocurre sobre el mismo asunto.

Hubo grandes pérdidas... hasta personales.

Otra cosa que me choca.
Ayer me encontré en la plaza del Progreso un vendedor con las alforjas cargadas de pólvora, un cartucho en cada mano, un perrito debajo del brazo izquierdo y el cigarro en la boca.

Iba encantador.
Y gritaba el muy condenado:
¡Póovooovora final!
Le digo á Vd. que vivimos de milagro.

La circular del nuevo ministro de Justicia es toda una salida de tono.

¿Pero quién es el Sr. Martín Herrera?
¿Qué actos le han identificado con la revolución, con la libertad, con el progreso?

¿Qué ha hecho ese jóven?
Yo le he oído en el Congreso, y es una vulgaridad.

Le conozco, como abogado, es una medianía.
Le apreció como político, es un disidente de reata.
¿Cómo, pues, una revolución como esta echa mano de esos hombres?

Yo pregunto á todos los partidos, á todas las fuerzas vivas del país por D. Martín Herrera, y oigo solo esta respuesta:

Es un protegido del Sr. Ríos y Rosas.
Pues señor, habrá que pedir á César la toga para tapar la cara de la revolución.

¿Ha leído Vd. la historia del cuerno del toro que hirió al Tato, mojado en la sangre del caballo con muermo?

¿Y ha visto Vd. una tontería mas inoportuna?
¿Quién ha referido esa vulgaridad á *La Correspondencia*? Supongo que no la habrá oído de lábios de ningún médico de los que asisten al forero.

Asistí á la inauguración del Asilo de Mendicidad del Pardo y firmé el acta, cuyo acto me servirá de recomendación algun día, si sigue esto así.

Ya no entiendo qué significan los bandos de las autoridades de este país.

Todavía no he visto que se cumpla ninguno.
Ahora veremos si despues de haberse inaugurado los asilos del Pardo, tenemos las calles limpias de pobres.

Van saliendo por ahí algunos caballeros particulares y altos empleados, que antes que jurar la Constitución prefieren dejar sus destinos.

Vea Vd. por dónde podrán hacerse grandes economías sin sentir.

Con que hicieran lo mismo la mayor parte de los moderados que hay por esos ministerios... estábamos al cabo de la calle.

Yo le aseguro á Vd. que si en el ministerio de Ultramar hubieran renunciado á sus destinos todos los empleados que han jurado la Constitución solo por no perder la tajada, á estas fechas ya estaba suprimido el ministerio.

Pero los que hacen renuncia por motivos de conciencia, son los ménos.

—¿Ha jurado Vd.?
—Yo sí.
—Pero Vd. es carlista.
—Pues no importa. ¿Cree Vd. que yo reparo en eso? También juré la Constitución de Isabel II. Aquí lo importante es comer, amigo. Jurar en falso es lo de ménos.

En otros países un poco más civilizados (dicho sea sin ofender á nadie), no se jura, se promete.
Y á mí me gustaría más, ya que parece que no se puede pasar sin eso, que la fórmula fuera promesa, y no juramento.

El juramento huele á Iglesia á cien leguas.

El general Nouvilas no quiere que las músicas le toquen la marcha real.

¡Este general me parece muy razonable!
En cambio de la marcha real ha pedido que le toquen el himno de Riego.

Esto ya no solo es más razonable, sino más divertido. Sin embargo, se puede dar el caso de un general, que para hacer la competencia al general Nouvilas, haga que las músicas le toquen la jota cuando pase revista á las tropas.

¿Y cómo andan los carlistas?
Me interesan esas pobres gentes.
Como no aprovechen pronto una coyunturilla cualquiera, va á venir el monarca nuevo, y ya no habrá tu tía. ¡Vamos, animarse, animarse!

Un periódico neo se extremece al saber que los nuevos asilos de mendicidad van á impedir que haya pobres por las calles molestando al vecino.

¿Y por qué se extremece ese periódico neo?
¿Será porque haya quien socorra al hambriento?
Sí señor, por eso.
Porque socorriendo al pobre se le priva del consuelo cristiano de estas palabras: hermano, Dios le ampare.

Esto dice el periódico.
Y no hay término medio; al que piensa de este modo hay que levantarle una estatua ó levantarle la tapa de los sesos... para convencerse de que no hay nada dentro.

Qué alegres, y qué orondos, y qué esplendorosos son los progresistas.

Fiesta nacional el domingo. Fiesta particular en la presidencia el jueves. Serenata á Prim. *Soirée* en casa de Prim. Fiesta de beneficencia en el Pardo; fiestas por todo y para todo.

¡Viva el rumbo!
Y entre tanto los vicalvaristas conspirando en silencio.

¡Ah progresistas! ¿nos vais á dar la gran desazon como hace trece años?

¡Por favor, hombres, por favor, volveos un poco pícaros, que á todos nos conviene!

Solo de Tortosa han felicitado CIENTO ONCE ciudadanos (nada de mujeres ni niños, como en las exposiciones neas) á Suñer y Capdevila, diciendo estar conformes con sus ideas religiosas.

¿Lo ven Vds.?
¿Es justo, en vista de esto, asegurar que las doctrinas del Sr. Suñer hieren los sentimientos de todos los españoles?

Ciento once solo en Tortosa, una de las poblaciones más levíticas de España.

Los fanatismos están heridos de muerte.
Ya era tiempo.

¿Cómo se llama vuesañoría?

—La monarquía.

¿Qué es lo que quiere (y usted perdone)?

—Que se me entrone.

¿Y despues de eso qué ganaremos?

—Allá veremos.

Pues francamente, yo no me fio

de congeturas.

Vuelva á su tierra, que desconffio de que aquí cesen sus amarguras.

D. Juan Prim,
D. Juan Topete,
Y D. Juan Moreno Benitez.
O sean:
El gobernador civil,
El gobernador militar,
Y el gobernador marítimo.
¿Cuál de estos tres Juanes es el más liberal?
Me atengo á Moreno Benitez, que es el mio.

La discusión de los presupuestos continúa con gran languidez.

Estoy en el secreto de esta languidez.
Es que los diputados saben que si los presupuestos se discuten, resultarán mil millones más de lo que se pensaba, y si no se discuten también.

Figueroa también sabe algo de esto.
Solamente que este, en su afán de probar que él tiene razón, habla solo.

¡Ah! También el país habla solo.

¿Verdad?

Cuando venga el rey á España lo primero que dirá:
—Que má lleven á la cama, que traigo debilidad.

El alcalde de Novelda amenazó con 20 rs. de multa á todo el que no iluminara *por honra y gloria* del regente.

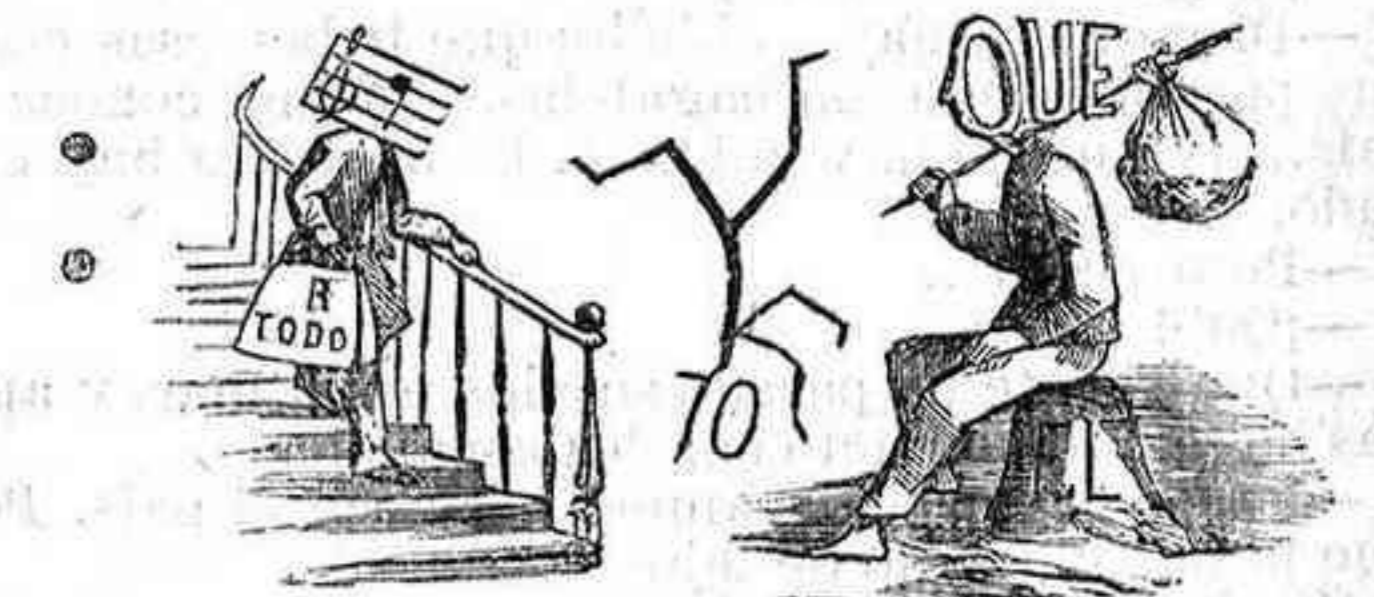
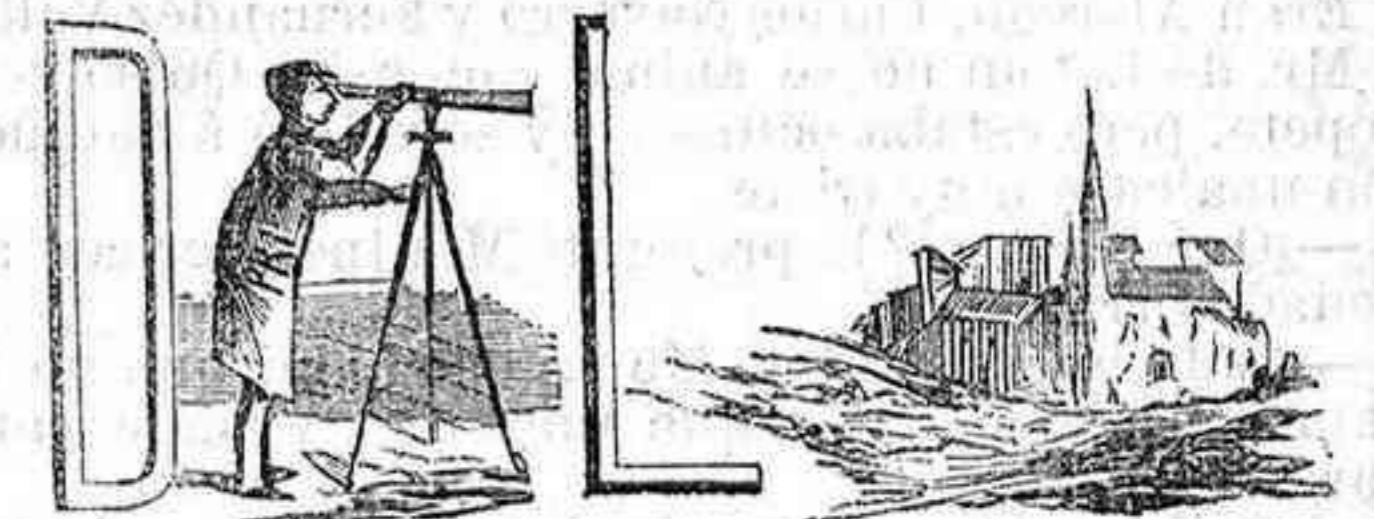
No creo yo que la gloria del regente necesite una vela de sebo, lo mas que concedo es que la gloria del alcalde habrá menester de un duro.

Y á fuer de monárquico quizá se contentaría con un napoleon.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Meneos*.

JEROGLÍFICO.



(La solución en el próximo número).

MADRID: 1869.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.